

R/TP 153 p

UN
MUSEO ESPAÑOL
EN PARIS

POR

J. LAZARO



MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
1927

Bibliothèque Maison de l'Orient



130340

A Monsieur Sabirou Reinach,
humble hommage,
El Autor

UN
MUSEO ESPAÑOL EN PARIS

UN
MUSEO ESPAÑOL
EN PARIS

POR

J. LAZARO



MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
1927

UN
MUSEO ESPAÑOL EN PARIS ⁽¹⁾

*Al conde de Maceda, Montero
Mayor de Su Majestad el Rey.*

Junto al monumento a Víctor Hugo, hijo de un grande de España, el general Hugo, que en tiempo del Rey José Bonaparte fué gobernador de Madrid, se levantan, frente a frente, dos hoteles, en los cuales paso muchas horas deleitosas, durante mis temporadas veraniegas de París.

Es el uno del conde Paul Durrieu, conservador honorario del Museo del Louvre, sabio historiador de los libros miniados, que hace treinta y cuatro años estudió en la Exposición del centenario colombino, en la Biblioteca Nacional, en el Escorial y en Toledo, los más famosos manuscritos españoles, publicando acerca de ellos un libro, único hasta la fecha, titulado «Manuscrits d'Espagne remarquables par leurs peintures ou par la beauté de leur exécution».

(1) Este artículo vió la luz por vez primera en *La Epoca* del 7 de Mayo de 1927.



Núm. 1. — *El Lavatorio*. Miniatura de la Escuela Hispanobrugense con el escudo de la familia Enríquez, perteneciente al Conde Paul Durrieu.



Núm. 2. — *La Santa Cena*. Miniatura de la Escuela Hispanobrugense, con el escudo de la familia Rivera, perteneciente al Conde Paul Durrieu.



En su jardín unas veces, otras en su espléndida biblioteca adornada con escogidas miniaturas con las armas de dos familias sevillanas, los Enríquez (n.º 1) y los Rivera (n.º 2), y con los libros de horas de Carlos *el Temerario* y de Luis de Brujas, conversábamos durante tardes enteras acerca de manuscritos, de impresos y de cosas españolas, repitiéndome aquel hombre eminente que uno de sus placeres, cuando se encontraba en su finca de los Pirineos, consistía en contemplar desde la torre las azules montañas de mi patria, pensando siempre en volver a visitarla para hacer, ampliada, nueva edición de su hoy inútilmente buscado libro, del cual me regaló, y de corazón lo agradecí, el único ejemplar, por cierto en gran papel, que le quedaba.

La última vez que fui a París estaba enfermo: «Ya no veo a nadie, me escribía, ni nadie viene a verme, como no sea algún editor temeroso de que quede inconcluso cualquiera de mis comenzados libros. Le espero a usted a las tres. Me levantaré lleno de ilusiones, pensando en pasar en su compañía una tarde deliciosa.»

Deliciosa, efectivamente, lo fué para mí. El conde apenas se tenía en pie: le flaqueaban las piernas, pero guardaba robusta la cabeza. Discutía con apasionada elocuencia el título de rey de Jerusalén que ostentan los de España, citaba documentos y libros y, temiendo que yo le oyera con algún escepticismo, los hacía traer por la condesa, convertida aquella tarde en diligente, puntual, doctísima bibliotecaria de su esposo, como si toda la vida hubiera compartido sus sabias tareas.



Núm. 3.—La Colección Pauilhac, vista en conjunto.

Fué nuestra última entrevista.

El conde ha muerto sin reimprimir su libro con las ampliaciones que deseaba. Abrió el camino, y sus escolares, en vez de continuarlo, nos hemos concretado a pasearnos por él.

Descanse en paz el sabio amigo, y vaya mi gratitud a su memoria por lo mucho que le debe mi cultura en ese ramo, en que todos en España somos sus discípulos.

* * *

Entremos en el hotel frontero al del conde Paul Durrieu, crucemos el jardín y, después de subir una veintena de peldaños, detengámonos a contemplar la inmensa sala (n.º 3).

El edificio ha sido construido exprofeso para albergue de la más importante colección de armas y armaduras que, de propiedad particular, existe en ambos mundos.

Salvo en que el fondo lo ocupa un hermoso órgano eléctrico construido con la perfección a que en estos últimos años se ha llegado en esa clase de instrumentos, órgano que toca su propietario, tan competente en música como en armería, o que hace tocar a los grandes maestros, en todo lo demás el edificio recuerda la Real Armería de Madrid antes de la última reforma, o sea cuando tenía luz cenital, de la que recientemente se le ha privado dejándola oscura.

Esa colección sin par, regiamente instalada, conservada con

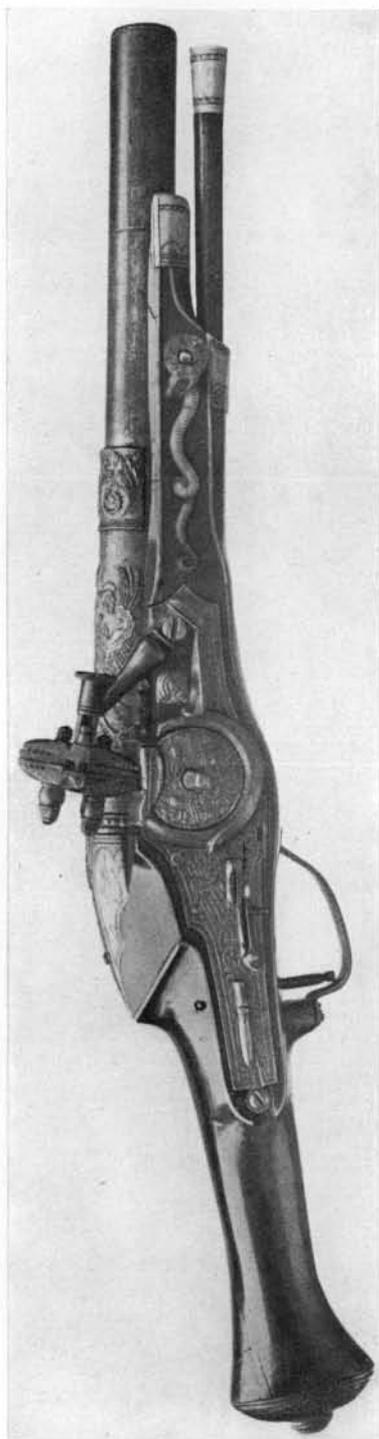
una pulcritud que para sí quisieran las armerías nacionales, mucho mayor que la Wallace de Londres, y dirigida por su propietario M. Georges Pauilhac, consagrado desde niño al estudio de las armas y considerado como el hombre más competente en ellas, ha sido formada casi toda mediante compras efectuadas en España.

Consta de unas tres mil piezas, pero no es el número, sino la calidad lo que ha hecho que, para trasladarla a los Estados Unidos, se haya ofrecido a su propietario—y esta negociación ha sido seguida con apasionado interés por los amigos del arte—sesenta millones de francos.

M. Pauilhac comenzó comprando íntegra la colección de nuestro compatriota el

Núm. 4.—Arcabucillo de Carlos V. Lleva las armas del Emperador talladas en el cañón y las águilas doradas. El compañero lo regaló el Emperador, en Yuste, a un capitán ascendiente del Marqués de Casa Mena, quien lo conservó hasta nuestros días en sus propiedades de Extremadura, trayéndolo a Madrid para venderlo a la vez que sus magníficos libros, en parte hoy en nuestra biblioteca. El arcabucillo no encontró comprador en Madrid a causa del alto precio que por él se pedía y se le dió a D. Pascual Gayangos para que lo vendiera en Londres. Debió conseguir una excelente suma, pues Casa Mena le entregó, como comisión amistosa, un preciado libro. ¿Dónde está hoy el glorioso arcabucillo?





marqués de Casa Torres, compuesta de más de mil piezas, en su mayoría selectísimas, procedentes del duque de Osuna y de Pepe Argaiz.

Este fondo es, en su conjunto, lo más exquisito de la colección actual y forman parte de él el arcabucillo de arzón o pistola de Carlos V (n.º 4 y 5), decorado con las águilas sobre la recámara y, debajo, el punzón o sello de Peter Pech, armero famoso del Emperador en Munich. Una silla de montar perteneciente a Felipe II, compañera de la armadura del Museo de Viena. Dos armaduras para la Justa Real, del siglo xv, que difícilmente se podrá juntar pareja que las iguale, aun recorriendo los mejores museos. Otra gótica, española, digna de las anteriores. La del propio duque del Infantado con el Toisón de Oro, tal cual la describe

Núm. 5.—Arcabucillo de Carlos V, visto por la parte de la llave.

con el número 1 el inventario publicado en la «Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España», tomo 79. Una armadura de torneo con robustas dobladuras, semejante a la de Carlos V de la Armería Real de Madrid, llamada de bordes adiamantados.

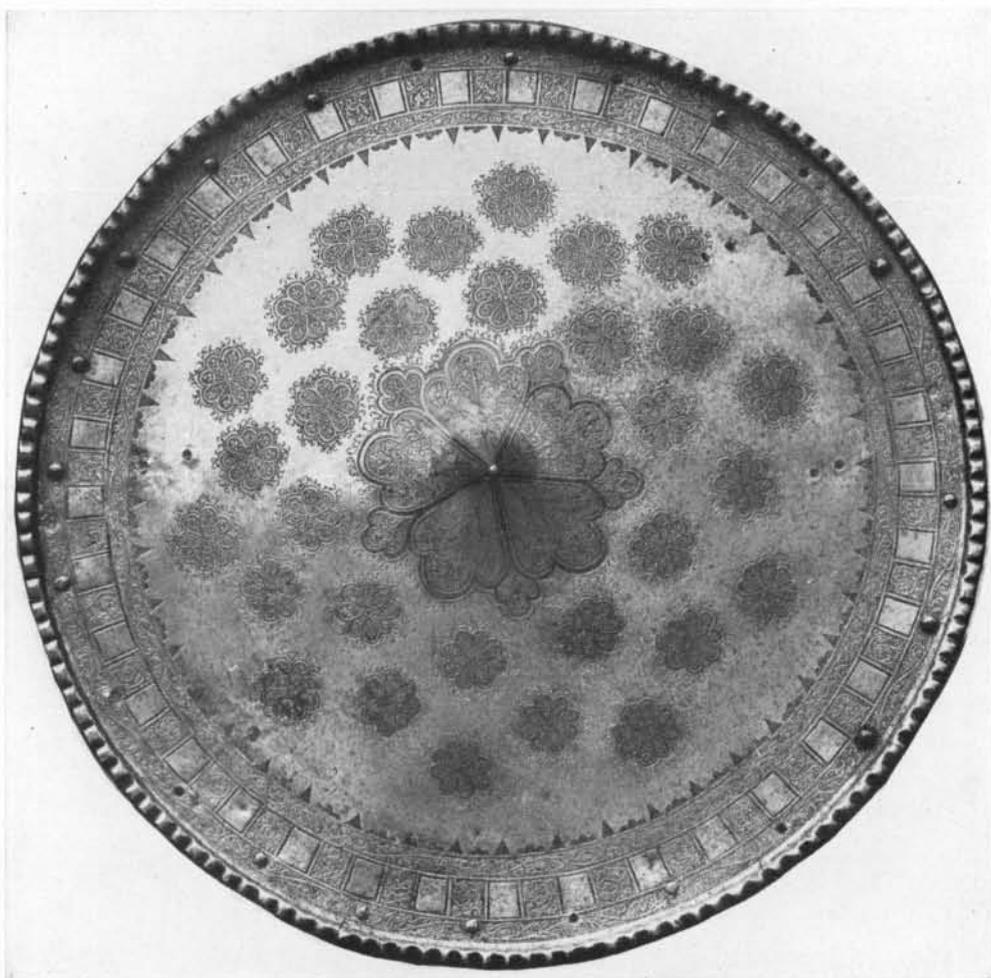
Especial mención merece por su riqueza, en el lote exquisito procedente de Casa Torres de que nos venimos ocupando, la armadura de principios del siglo XVI, con peto de refuerzo y gran bufa, firmada por el

Núm. 6.—Armadura de justar, del Marqués de Poza, procedente de la Colección del Marqués de Casa Torres.



sin par armero milanés Negroli, perteneciente al Rey Don Manuel de Portugal, cuyas armas lleva preciosamente grabadas y doradas, multitud de veces.

Colocada en lugar preferente en la gran sala, llama la atención por su elegancia una armadura de mediados del siglo XVI.



Núm. 7. — Rodela de la armadura que se conserva en el Museo imperial de Viena, perteneciente a Manuel Filiberto de Saboya, llamado «Testa de hierro», General que al servicio de Carlos V, ganó, en 1557, la batalla de San Quintín.



Núm. 8. — Casco del Emperador Maximiliano II, de los llamados de Cresta de gallo, perteneciente a la armadura de este monarca conservada en el Museo imperial de Viena. Grabado sobre fondo de oro, de principios del siglo xvi.

Es la de un mozo que a los diez y ocho años de edad fué condenado por la Santa Inquisición, don Luis de Rojas, marqués de Poza, que, como todos los Rojas, andaba tocado de herejía y que, según la relación del auto transcrita por Menéndez y Pelayo: «Para ser tan mochacho estaba muy adelantado en la maldita seta de Lutero.»



El auto se celebró en la plaza mayor de Valladolid el 21 de Mayo de 1559, y fué el más solemne de cuantos hasta entonces se habían visto. Castilla entera se despobló para acudir a presenciarlo. Se hicieron más de doscientos tablados para los curiosos que, faltos de balcones, ventanas o tejados sobre la plaza, ocuparon los asientos desde la media noche antecedente. Sin posadas para alojarse todos, muchos durmieron a la intemperie, y otros, por falta material de sitio, se quedaron sin ver más que el aparato de los cadalsos y la bizarria y hermosura de las damas venidas a la fiesta, según refiere una descripción coetánea que guardo entre mis curiosos papeles.

De los treinta penitenciados, llevaban corozca trece, uno mordaza y los demás sambenito.

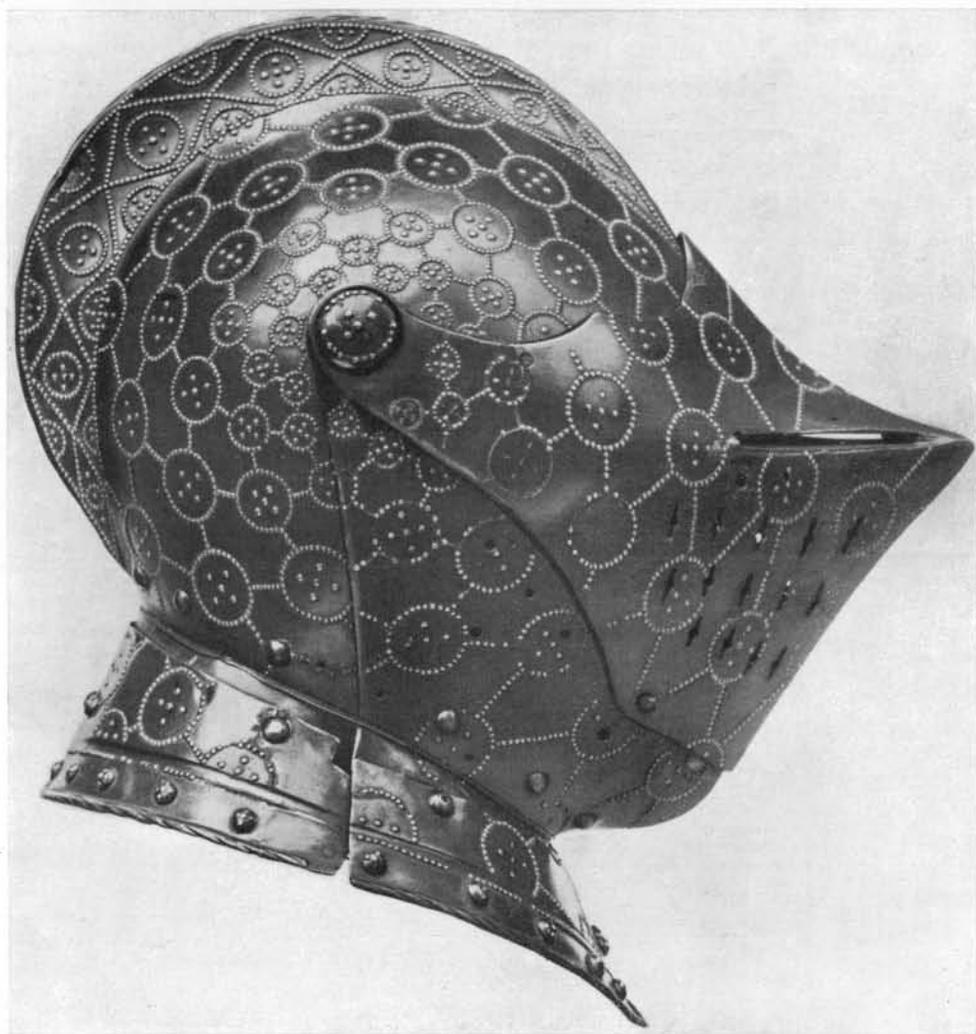
Varios fueron condenados a ser quemados vivos, y la madre del doctor Cazalla, muerta varios años antes, fué desenterrada y quemados sus huesos.

Don Luis de Rojas, marqués de Poza, mereció la condena a destierro perpetuo de la Corte y privación de todos los honores de Caballero.

Tenía de colegas en la trágica ceremonia a D.^a Ana Enríquez, hija del marqués de Alcañices, condenada a presentarse a la afrenta con sambenito y una vela en el cadalso, ayunar tres días y volver a la cárcel antes de ser puesta en definitiva libertad, diciendo la relación del suceso que, a pesar del traje parecía a todos muy hermosa, y D.^a Beatriz de Vivero, hermana del

doctor Cazalla, a la cual se le cambió la pena de ser quemada viva por la de garrote, siendo, al decir de los contemporáneos, mujer de extraordinaria belleza.

En este auto memorable se presentó, con insolencia moza, don



Núm. 9.—Casco francés de acero bruñido, con puntas de plata, del reinado de Enrique II, a quien debe de haber pertenecido, pues este monarca declaraba que el negro y el blanco eran sus colores favoritos y se vestía con ellos.

Luis de Rojas vistiendo la notabilísima armadura a que al principio de esta digresión nos referimos (n.º 6), convirtiendo lo que debía ser afrenta en ostentación de indiferencia y de elegancia.

Algo rara nos parece la condescendencia tenida con el juvenil marqués, a quien debieron ponerle la coraza sobre el casco, pero tal es la tradición, que nosotros respetamos faltos de pruebas contrarias.

Y no fueron sólo las armaduras descritas las adquiridas al marqués de Casa Torres, sino otras muchas más; amén de sillas de caballo, cascos, petos, pistolas, espadas y dagas en gran cantidad, etc., etc.

Compró también Mr. Pauilhac en bloque otra colección famosa: la de mi amigo Pepe Estruch, de Barcelona, que había construido un edificio exprofeso para alojarla en el corazón de la ciudad, siéndome su recuerdo inolvidable, porque en ella se iniciaron mis aficiones de coleccionista y porque a la puerta compré la primer espada, origen de las que hoy poseo, que lleva en la taza en relieve la cruz de San Jorge y las barras de Cataluña en uno de los lados, y en el otro el toro de los Moncada.

De la colección de Estruch mencionaremos entre lo más notable la espada del Rey Don Martín (n.º 19) y el espaldar y peto, repujados y cincelados (n.ºs 15 y 16), de Omedes de Aragón, gran maestro de Malta de 1.536 a 1.555.

De ella son también otras muchas espadas, cascos, arcabuces, armaduras completas de hombre y de caballo; una de la

Casa de Saboya con la corona y las palmas, hermana de otras dos de la Armería de Madrid, y media armadura decorada con la M y la corona marquesal (Marqués de Mondéjar) y, en el peto, la cruz de Santiago.

Además de las dos colecciones completas, la del marqués de Casa Torres y la de Pepe Estruch, compró, recorriendo toda España y habiendo para ello aprendi-



Núm. 10.—Espada gineza, de las llamadas de Boabdil.



Núm. 11.—Gola repujada del Rey Luis XIII de Francia, con su retrato a caballo, repujada y dorada. Parte anterior de la núm. 2.

do bien el castellano, multitud de piezas sueltas y una reducida colección muy interesante al barón de Bilches, en Teruel.

Joven, entusiasta y con la bolsa paternal abierta, acudió a todas las grandes ventas extranjeras, adquiriendo piezas seleccionadas del barón Vidal de Lery, Gimpel, Afner, Haltneck y Mayor Lambert.

Como si las comprara pensando en la Historia de España, hizo suya la rodela de Manuel Filiberto de Saboya (n.º 7), cuya



Núm. 12.—Gola repujada y dorada, con el retrato de Enrique IV, padre de Luis XIII.
Parte posterior de la núm. 11.

armadura está en el Museo de Viena; la sobrecalva grabada y dorada perteneciente al arnés de guerra de Felipe II (n.º 13), de nuestra Real Armería, llamado «el de la labor de las flores»; una espada gineta árabe de las conocidas con el nombre de Boabdil (n.º 10); la espada con puño de cristal de roca de Ernesto Mannsfeld (n.º 20), general de Carlos V, y una gran colección de armas muy artísticas, fabricadas en Ripoll.

Recordamos además, como obras salientes, un casco y una testera de caballo, grabados y dorados de Maximiliano II, pie-



zas que pertenecieron a una armadura, hoy incompleta, del Museo de Viena; un almete y una rodela procedentes del desaparecido Don Sebastián de Portugal; una gola con los retratos de Enrique IV y Luis XIII (n.^{os} 11 y 12), repujados y dorados.

En una vitrina se exhibe, solitaria en medio del gran salón, una espada preciosa que tiene tierna historia.

Se encontraba enferma la madre de M. Pauilhac y el hijo permanecía constantemente a su lado.

—¿Para qué te han llamado?—preguntó la enferma.

—Para ofrecerme una magnífica espada que no he comprado porque el precio es enorme: quince mil francos.

Téngase en cuenta que los francos eran oro y que han transcurrido muchos años, siendo entonces infinitamente menor el precio de los objetos de arte.

—Cómprala, hijo mío, para mí, que yo te la regalo; quiero tener la dicha de hacerte feliz hasta el último instante de mi vida.

Y pocas horas después entregaba el alma a Dios esa madre que supo formar un hijo de gran cultura, de ideas elevadas y de sentimientos delicados.

La colección, de fama universal, es muy visitada por inteligentes y curiosos de todos los países, excepto de España que, no obstante tratarse de obras tan bellas afectas a nuestra historia, no ha sido nunca visitada, según afirma M. Pauilhac, más que por dos personas: mi esposa y yo.

Claro que no todos saben apreciarla. Una multimillonaria yanqui, después de recorrerla silenciosa, admirando más que



Núm. 13. — Escofia de un casco de Felipe II, obra de Desiderio Colman, de Augsburgo, perteneciente a la armadura de la Real Armería de Madrid. Núm. 217 a 230.

las armas el enorme salón, profirió al marcharse estas únicas palabras: «Si no estuvieran estas cosas, qué magnífico baile se podría dar aquí.»

M. Pauilhac ha pasado en Madrid una semana. Antes de venir había solicitado y obtenido del marqués de Viana permiso para estudiar en la Real Armería, a fin de terminar una obra que está escribiendo sobre las armas y armeros de Carlos V. Cuando se presentó con la autorización escrita supo que, por repentino fallecimiento, era otro el montero mayor de Su Majestad y que Su Majestad y su mayor Montero se encontraban ausentes de Madrid. No pudo conseguir lo que deseaba, como le era necesario para su escrupuloso estudio.

Ha logrado, no obstante, corregir errores inevitables del catálogo que, con gran sabiduría, redactó hace treinta años el conde de Valencia, y determinar el trabajo que aquí realizaron los grandes armeros que el Emperador hizo venir de Alemania.

Además ha conseguido descubrir los nuevos mecanismos que los hijos de aquellos armeros, ya españoles, inventaron para las armas de fuego y establecer, de un modo preciso, sus progresos en los talleres creados en Ripoll, donde se fabricaron armas maravillosas que son gloria y honor de España y que nuestro catálogo de la Real Armería clasifica como italianas.

Es de lamentar que la ausencia de S. M., que tanta satisfacción hubiera tenido en facilitar las tareas del sabio historiador, haya dejado incompleto un estudio que habrá de acrecentar el número y el mérito de los descubrimientos españoles del siglo XVI.



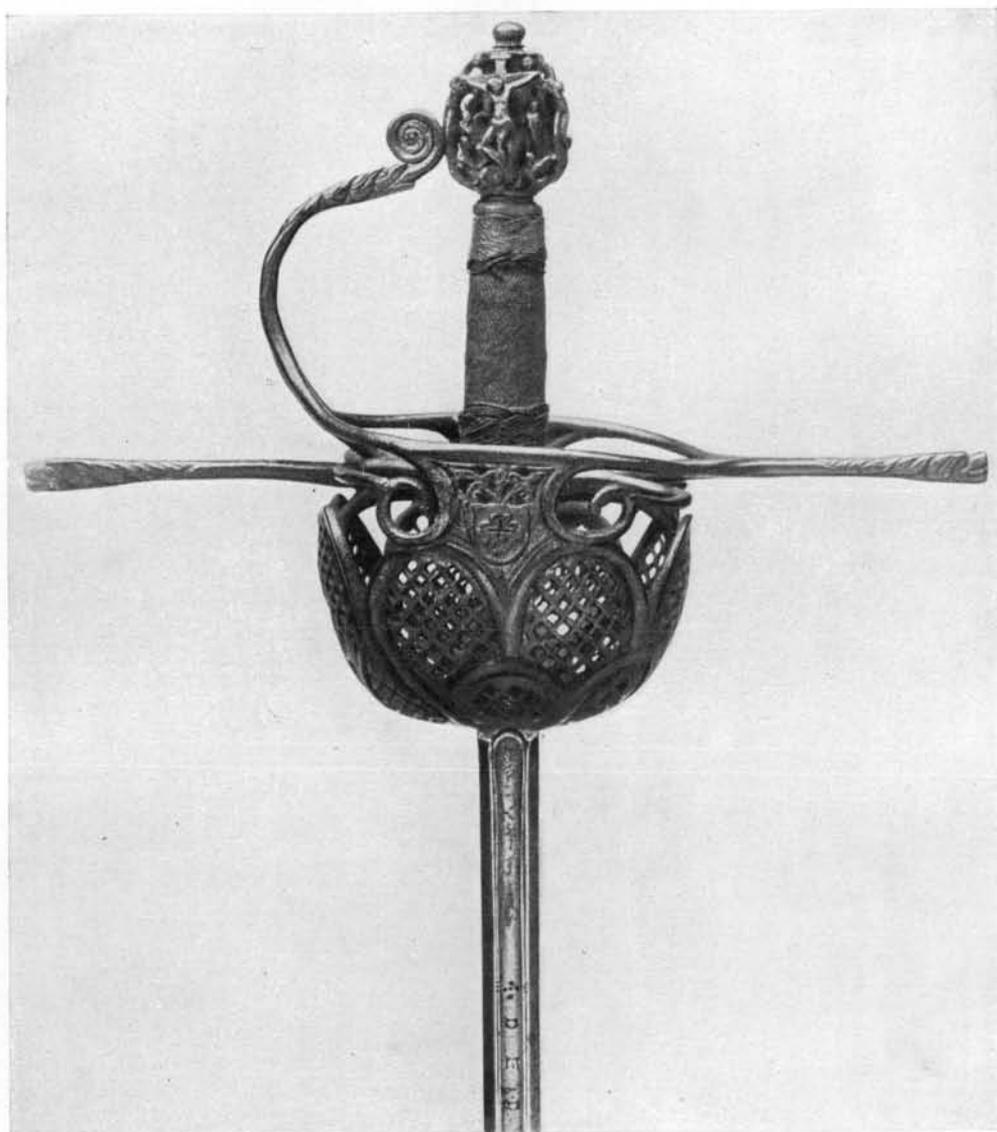
Núm. 14.—Tabarda de un rey de Armas de Felipe II, pintada sobre seda carmesí, con los escudos de España, Flandes y Portugal.



Núm. 15.—Espaldar del Coselete de Don Omedes de Aragón, Gran Maestro de Malta en 1536, que por la elegancia del dibujo y lo fino del repujado y cincelado, constituye una de las más exquisitas piezas de la Historia de la armería. Mr. Buttin ha publicado un sabio estudio tratando de demostrar, a nuestro modo de ver sin conseguirlo, que estas piezas proceden del mismo artista que la Armadura de Enrique II, del Museo de armas de París.



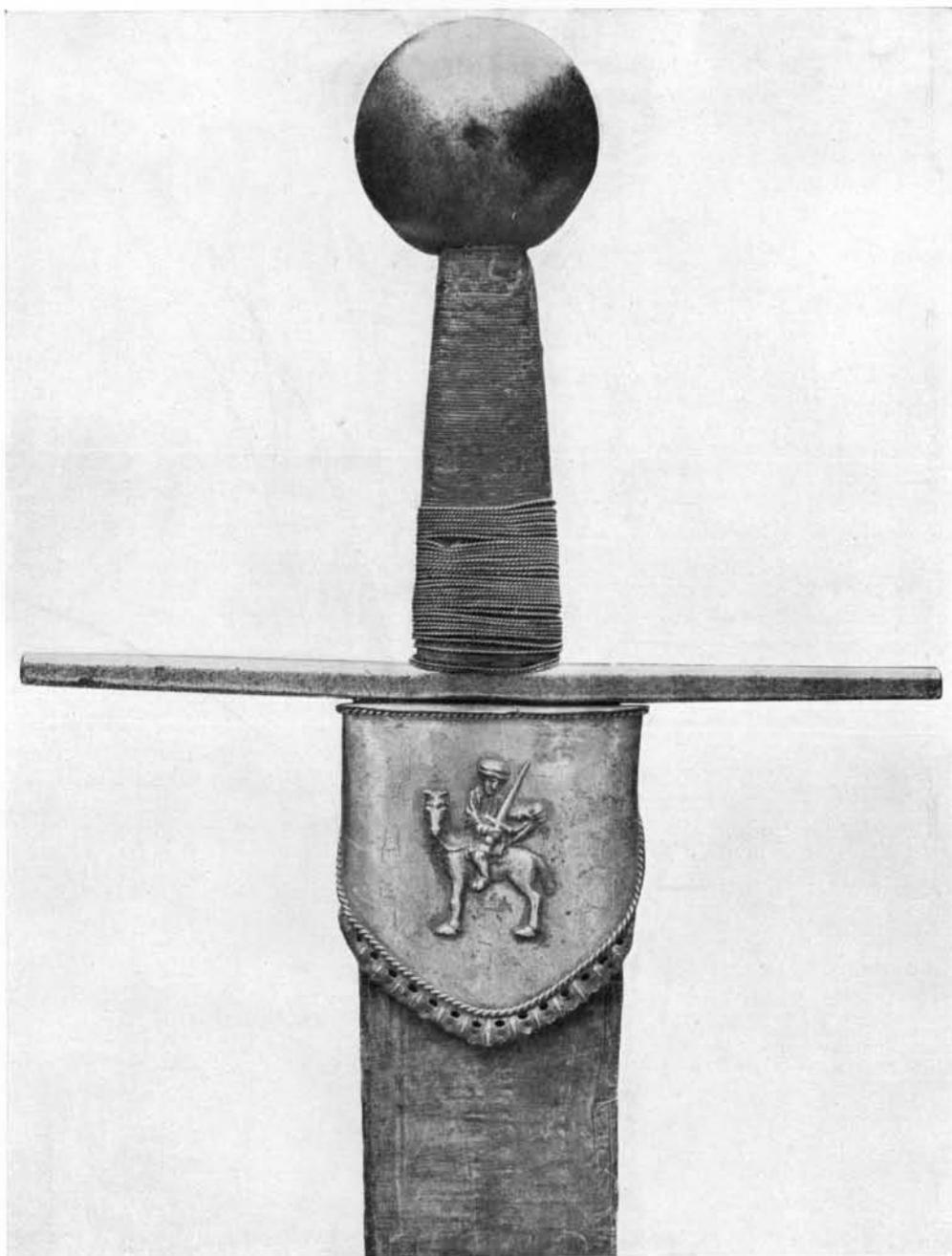
Núm. 16.—Peto del Coselete de Don Omedes de Aragón, compañero del espaldar núm. 14, con el escudo repujado del Gran Maestre de Malta, que ha servido para identificarlo.



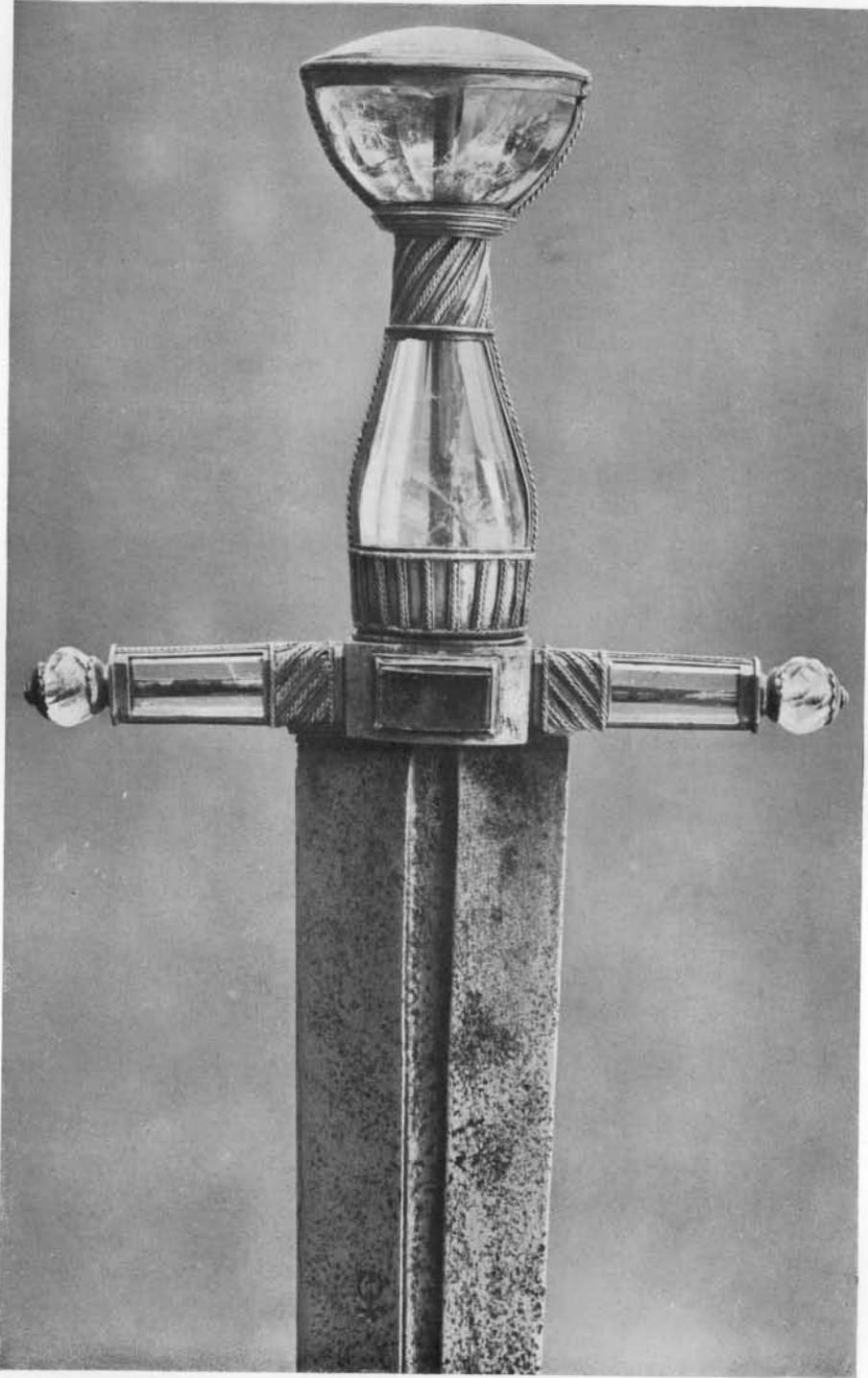
Núm. 17.—Espada española de comienzos del siglo xvii, con el pomo cincelado en alto relieve reproduciendo en un lado la Crucifixión y en el otro la Resurrección. La taza, adornada al trasparente, tiene en una parte la cruz de Calatrava o de Alcántara, imposible de clasificar por faltarle el color, y en la otra la Cruz de Jerusalén o de Malta. En la hoja se lee, sobre fondo dorado, DE DOMINGO RODRIGUES.



Núm. 18.—Espada del renacimiento, primorosamente esculpida y dorada: una de las más bellas espadas que existen.

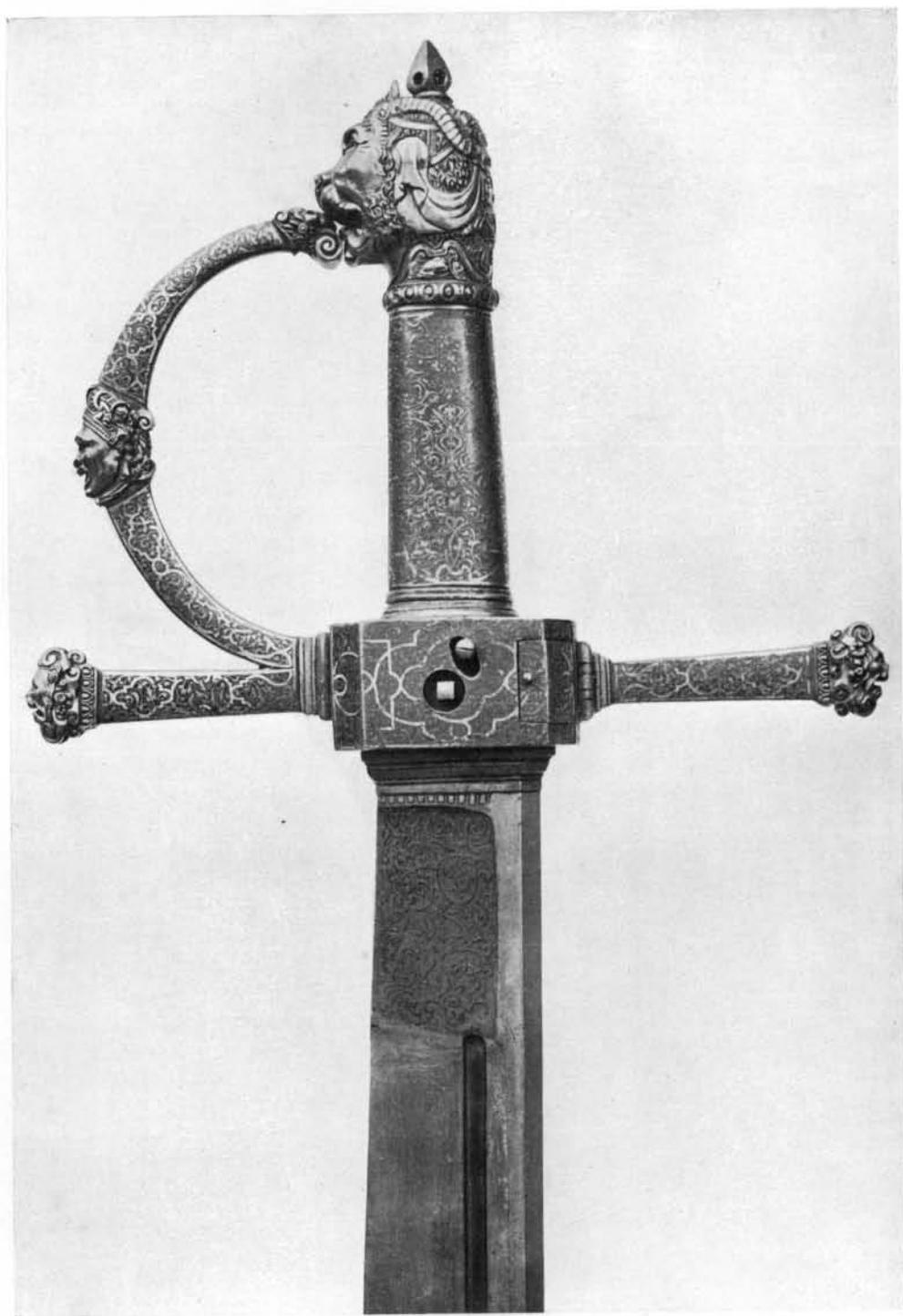


Núm. 19.—Espada del siglo XII de un temple notabilísimo, pues reúne a una gran dureza, una flexibilidad extraordinaria. Por orden del Pontífice Calixto II, San Olegario entregó esta espada a Berenguer III. Según Pujadas (tomo VIII, pág. 294), Don Ramón Berenguer III dejó en su testamento el caballo y todas sus armas a los Caballeros de Jerusalén. El mismo Pujadas (tomo VIII, pág. 223 a 229) habla detalladamente de esta espada, que hallándose en depósito en la Iglesia de San Pedro, de Palermo, con la reputación de haber pertenecido a Constantino, fué mandada traer para la coronación de D. Martín *el Humano*, Rey de Aragón y de Sicilia, celebrada en la Catedral de Zaragoza el 13 de Abril de 1399. Sin duda, en esta ocasión se le puso la vaina, o se agregó a la que ya tenía el brocal con la imagen en relieve de San Martín partiendo la capa, en uno de los lados, y en el otro, el escudo con las armas de Aragón. Además de este testimonio de haber pertenecido la espada al Rey Martín *el Humano*, tenemos la afirmación de Felú (tomo II, pág. 350) y de Zurita (tomo II, pág. 431, cap. 69).



Núm. 20.—Espada de principios del siglo xvi, con empuñadura de cristal de roca montada en plata dorada. En la parte superior del pomo el escudo del General de Carlos V, Mannsfeld.





Núm. 21.—Sablepistola, damasquinado, del Condestable Anne de Montmorency.
Primera mitad del siglo XVI.